

EL BROCHE RUSO

Fernando Pinto Cebrián

EL BROCHE RUSO

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: marzo de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Pinto

ISBN: 978-84-129990-6-8

ISBN digital: 978-84-129990-7-5

Depósito legal: M-7216-2026

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

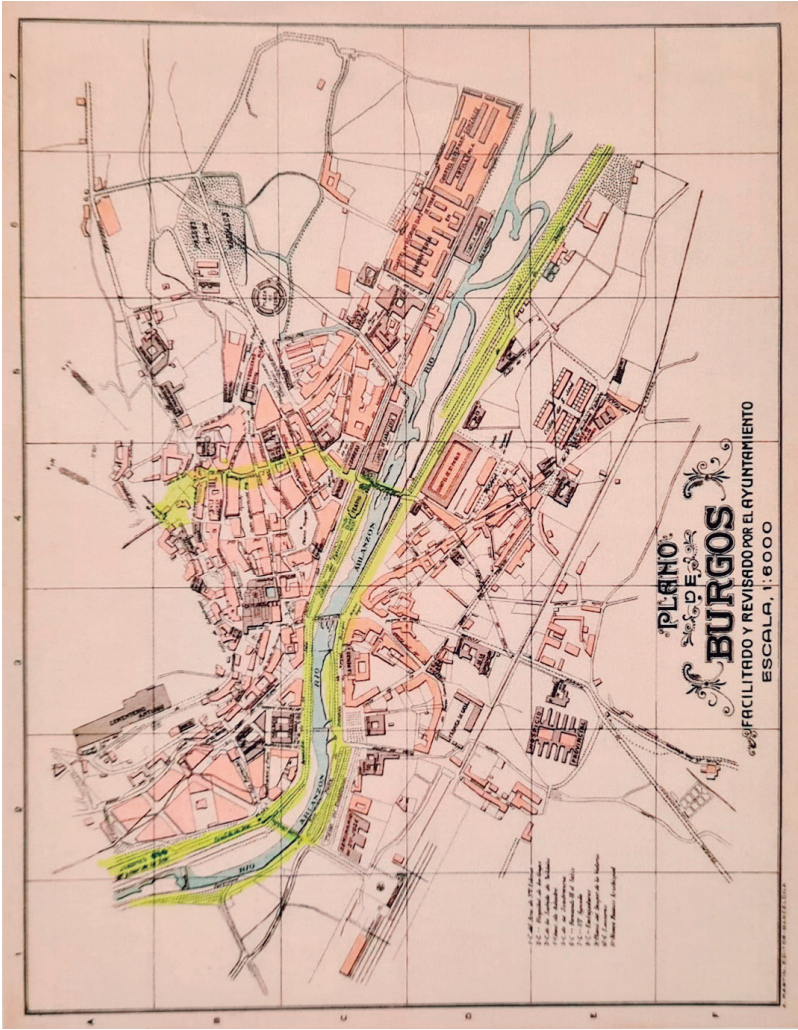
28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

A Maribel, por su comprensión



EL BROCHE RUSO

Todavía recordamos con espanto la visita adolescente a la cueva del Castillo, aquella que todo burgalés llamaba del moro.

Su estrecha entrada horizontal daba miedo, parecía una boca abierta dispuesta a tragar a todo aquel que se acercara demasiado,

Desde fuera, solo se percibía la negrura de su interior, perfilada por una gran piedra superior y un terraplén de arcilla blanca, pronunciado y resbaladizo, trampa de aquella.

Aun así, mi amigo y yo estábamos decididos a adentrarnos en ella.

Era nuestra primera aventura del final de aquel otoño, y más en un territorio del que se decía, fuera verdad o no, que era propiedad de los chavales del barrio de San Esteban, en la falda oeste del Cerro de San Miguel, cercano a la iglesia del barrio del mismo nombre, a la catedral y el casco viejo de la ciudad, así como al cementerio de San José por su parte este.

Un territorio prohibido para los ajenos a dicho barrio, considerado peligroso, ya que las pandas arrabaleras del mismo podían perseguirlos y echarlos a pedradas de sus dominios, originando hasta una drea si fueran muchos.

Pero sobre todo para aquellos que intentaran, como prueba de valor, descender desde las ruinas del castillo por la muralla, hasta la torre izquierda del asolado arco mudéjar que daba entrada al alfoz.

Lo habíamos preparado todo, vestimenta ligera, botas de andar por el monte, cantimplora, y comprado unas teas resinosas de madera de pino en la leñera y carbonería de la calle Fernán González, aquella de la planta baja del destartalado palacete de la Casa del

Cubo, en la que se vendía tanto leña como sacos de astillas, cortezas de árboles, serrines, carbón piedra y de bolas.

Materiales naturales para el calor, que, cuando se compraban, eran llevados a las casas, a petición del comprador, por los carboneros, a no ser que, para no gastar dinero, la gente, en general mujeres mayores vestidas de negro, los colectaran, los primeros en los bosques cercanos a la ciudad y los últimos en las vigiladas vías del tren.

Teas con las que, a falta de linternas, intentaríamos anular aquella siniestra obscuridad.

Encendidas a la entrada, se nos mostró el camino a seguir, unos primeros escalones de piedra que, descendiendo, nos acercaban al muro curvado del pozo.

Con cuidado, en silencio, tan solo roto por nuestra alterada y agitada respiración a causa del miedo a no saber lo que nos podíamos encontrar, seguimos descendiendo en caracol, rodeando en todo momento aquel pozo, al tiempo que fuimos entrando con cuidado en algunos cortos desvíos laterales, pasadizos de mina y contramina, que siempre terminaban en pared al cabo de unos cuantos metros obligándonos a retroceder.

Y así hasta el final, a unos sesenta metros de profundidad, donde la bajada se vio interrumpida por un montón de escombros y de piedras que, apilados desordenadamente, cegaban la continuidad de nuestro descenso.

Así es que no pudimos comprobar, como hubiéramos querido, lo escuchado en la ciudad: aquello de que los pasadizos de la cueva continuaban, en apoyo de la guarnición del castillo, por las entrañas de aquella, por debajo de la catedral y luego bajo el arco de Santamaría, dando salida al río Arlanzón.

Nada interesante, pues. Salvo unos pequeños ventanucos en el muro del pozo que se abrían hacia su interior, posiblemente para su ventilación, de los que salía un fuerte hedor de animal muerto que ya habíamos notado, aunque con menor intensidad en la parte alta, durante nuestro caminar por la sima.

De regreso, casi a la salida, quisimos ver qué escondía aquel pozo en su interior, años atrás con agua y ahora seco, y para

ello, desde el primer ventanuco, lanzamos dentro una tea encendida.

Su chisporroteo en la caída iluminó las lisas paredes de aquel, y poco más.

Apenas tuvo capacidad para dar luz al fondo; sin embargo, pasados unos segundos, cuando creímos que la tea se había apagado, percibimos una ligera llamarada que alumbró el fondo de la cavidad mostrándonos aquel horror.

El fuego estaba devorando la ropa, las largas faldas negras, desordenadas, de una mujer mayor.

Su cuerpo, iluminado entonces, parecía un muñeco de miembros desquiciados: las piernas, rotas desde las rodillas; los brazos retorcidos apoyados en la pared como pidiendo ayuda para salir del pozo, y el rostro, que, enmarcado por un pelo cano muy revuelto y desordenado, ennegrecido, hinchado, deformado, con la boca abierta en un grito ahogado, parecía que nos miraba con aire amenazante desde unos ojos abiertos llenos de terror.

Muy asustados por el hallazgo, nos miramos y, en silencio, atezados por el miedo, salimos huyendo a toda prisa de la cueva y del castillo.

Sin apenas resuello, jadeando, sin poder aún hablar en el recuerdo del cadáver de aquella mujer, con el olor a muerte aún agarrado a nuestra nariz, casi vomitando, sentados en un banco de la parte baja del paseo Espolón, enfrente de los arcos del ayuntamiento que dan a la plaza Mayor, aferrados con fuerza, con los nudillos en blanco, a la primera tabla pintada de verde del asiento, sin apenas darnos cuenta de la gente paseandera, nos miramos buscando apoyo mutuo.

Mi amigo, algo mayor que yo, habló al fin:

—¿Qué hacemos? —espetó Fernando con voz temblorosa.

—Habrá que decir a la policía lo que hemos encontrado antes de que alguien, si nos ha visto movernos por las ruinas del castillo, nos eche la culpa... —respondió nervioso Roberto.

Y como quiera que dudábamos por miedo de ir a comisaría directamente, donde ya éramos conocidos por nuestras travesuras

urbanas, decidimos decírselo antes a nuestros padres para que ellos tomaran las medidas adecuadas.

Fue difícil, primero que nos creyeran y luego ponerles de acuerdo, ya que uno, el de Fernando, era militar franquista retirado, de aquellos que creían pertenecer a una familia burgalesa de bien, y que, en ocasiones, se paseaba por el Espolón y por la plaza Mayor en uniforme, mostrando sus condecoraciones, algo corriente en una ciudad llena de militares; una ciudad tan castrense que la gente se detenía en la calle por respeto cuando oía el toque de arriar bandera procedente de los cuarteles.

Y el otro, el de Roberto, un rojo controlado, portero de un edificio cercano al palacio de Capitanía, uno de aquellos que, cuando venía a Burgos alguna autoridad de cierta relevancia, y, sobre todo, cuando llegaba Franco de visita, oficial o no, entraban en la cárcel *motu proprio*, como fichados que eran, sin que hiciera falta que la policía les dijera nada.

A ellos, a pesar de haber visualizado personalmente el cadáver, no les fue fácil convencer a la policía, puesto que los veían como correveidiles de sus hijos, de aquellos hijos tan revoltosos que los habían engañado en más de una ocasión.

*

Resueltas las dudas sobre la existencia de la muerta de la cueva, al subinspector Gutiérrez se le planteaban varias cuestiones iniciales. Al margen de saber quién era aquella mujer y cuánto tiempo llevaba en el fondo, dilucidar si se había suicidado, si la tiraron, como si fuera basura, estando ya muerta, o bien, si estaba aún con vida.

Y para ello había que extraer cuanto antes su cuerpo para examinarlo anatómicamente y, además, como complemento, revisar concienzudamente todos los alrededores del interior del castillo, e incluso a cierta distancia fuera del mismo.

Los bomberos establecieron entonces una línea eléctrica de iluminación y dos vigas sólidas, de unos dos metros y medio, algo más

de las dimensiones de la boca del pozo, sobre las que instalaron dos poleas, una para bajar una lona bien atada por sus cuatro extremos para que, con su forma de cuna, recogiera los restos y se pudieran izar a la superficie, y otra para el descenso de un bombero, matafuegos que llevaría una mascarilla que le permitiera respirar sin verse afectado por el hedor del cadáver mientras lo manipulaba.

Y como quiera que el pozo contaba con una dimensión de boca aproximada de un metro y medio de diámetro, lo que permitía cierta movilidad para una persona, y que, en su interior, de paredes de piedra caliza en sillería, no había rugosidad alguna que molestara, ni tampoco agua en su fondo, el cadáver se pudo manejar con facilidad dado su poco peso.

Colocado aquel con las piernas y los brazos casi desgajados sobre la cesta de lona, se le sacó al exterior en poco tiempo, siendo llevado de inmediato en ambulancia a la morgue del Hospital Militar para su autopsia, y poder posteriormente con sus datos, que se mantendrían en secreto, facilitar los primeros pasos de la investigación policial.

Inicialmente, por el grado de podredumbre del cadáver y a la vista de las lesiones sufridas, fracturas en extremidades y cabeza destrozada, como por la cantidad de sangre coagulada encontrada en el pozo, tanto en el fondo como en las paredes, se dedujo que aquella mujer había sido arrojada viva en el pozo algunos días atrás, unos quince; tal vez inconsciente después de haberla torturado, según informaban las quemaduras de cigarrillo encontradas en sus pechos y en la yema de todos sus dedos, así como el destrozo de parte de sus dientes.

Mujer no joven, casi una anciana por su estructura corporal; sus arrugas faciales; el color canoso de sus cabellos; dentadura, en lo que quedaba, muy desgastada, con algunas viejas prótesis, y por la ropa con la que se cubría, una camisa, de color indefinido, muy gastada, oscura, de mangas largas, falda amplia, larga, negra, con sus faltriqueras vacías, tal y como se solían vestir tradicionalmente en Burgos las mujeres mayores ya entradas en años.

De aquella ropa corriente, no se pudo sacar información alguna, ni siquiera de la única alpargata, de lo más corriente, recogida, la de su pie derecho, vieja, sucia y bastante desgastada.

Tan solo se inducía que, al estar sus ropas aún algo mojadas y manchadas con algunas pellas de barro, habría sido torturada sobre un suelo algo empapado por las lluvias pasadas.

Por otra parte, su delgadez, casi extrema, señalaba que el hambre la aquejaba a menudo, angurria seguramente provocada tanto por sus dificultades económicas como por el propio desabastecimiento consecuencia de la guerra, a pesar del mercado negro y el estraperlo imperantes.

Así que, salvo lo apuntado, nada se pudo saber sobre su identidad, ya que no llevaba nada encima, ni documentos, ni ninguna joya que la pudieran delatar.

Por el momento, sin notificar nada a la prensa ni a la radio, habría que esperar a que alguien denunciara, en los próximos días, su desaparición. Una denuncia que desde su muerte aún no había llegado.

De momento, en comisaría, intentando reconstruir lo que hubiera podido pasarle, se perfilaban diversas hipótesis; pero en todas se apuntaba, sin determinar aún el motivo del asesinato, en dirección a unas razones llenas de odio hacia la anciana, habida cuenta de las quemaduras de cigarrillo en su piel, consecuencia de la tortura sufrida, así como las señales de los durísimos golpes que recibió, sobre todo en la cabeza y en la boca.

También se descartó el robo, puesto que, por su edad, no trabajando ya, debía cobrar un bajo retiro del Instituto Nacional de Previsión; una pensión que, seguramente, no modificaría en nada sus condiciones de vida, habida cuenta la crisis posbélica generalizada, a no ser que le llegara alguna ayuda familiar esporádica.

Tampoco se sabía, de momento, nada de sus relaciones, ni de cómo eran, si preocupantes o no.

Nada, pues, apuntaba concretamente al porqué, a la razón, de aquel crimen tan atroz.

De modo, quedó en el aire conocer con certeza, amén de su identificación, las causas de su tortura y muerte, datos necesarios para facilitar el encuentro y captura de sus asesinos.

*

Cómo nos engañan y nos manipulan al decirnos que hay alguna forma de vida tras la muerte; que hay vida detrás de la vida que se nos va; que, por eso, la muerte no existe, y que, como creadora de vida, de la otra vida, es solo un paso más en nuestra existencia permanente y total, aquella que nos da entrada a una realidad paralela, una pervivencia que sigue con nosotros, aunque no sabemos cómo.

Cómo nos mienten cuando nos hablan de tomar conciencia, en la frontera entre la vida y la muerte, de todo lo vivido en un segundo, de entrar en un túnel luminoso de una claridad cegadora que nos conduce ante unos ángeles o seres de luz, guías para el reencuentro con los nuestros, familiares, amigos y conocidos ya fallecidos, a los que queríamos o habíamos querido.

Tampoco tuve la sensación de que mi conciencia se separara de mi cuerpo, de salirme de él, de identificarlo fuera de mí, de sobrevolarlo y de poder moverme así por otros lugares, por otros universos, recordando lo que veía con todo detalle.

Y nada de entrar en portales, individuales o colectivos, de otras dimensiones, nada de caminar hacia una reencarnación.

Me enfada que digan que el cerebro sigue con lucidez en ese sueño del subconsciente, en ese nivel superior de la conciencia, mezcla de realidades y falsedades imaginadas, cuando al cuerpo, dejando de latir su corazón, libre la conciencia, ya se ha ido con la muerte física para no volver.

Además, con lo aparentemente soñado, ya no había nada que transformar, que cambiar, nada que otra persona o alguna religión pudiera descubrir y sustituir.

Cuando nos vamos, nos llega una sensación de confusión, ¿todo termina o no?, ¿no será que se nos está ofreciendo una salida de

paz a la angustia de morir, una apertura a la realidad en la que no somos nada en la soledad que nos espera?

Hablando conmigo misma, reflexionando con lo que quedaba de mi entendimiento antes de morir en el fondo de aquel pozo, no sentí que desaparecieran ni el tiempo ni el espacio, ni que se abriera un camino hacia la felicidad absoluta. Ni siquiera vi a entes oscuros, avance de un posible castigo en un infierno inexistente; no encontré respuestas, nada.

¿Por qué, entonces, se han de recordar unas emociones y otras no?, ¿dónde estaban mis deseos y mis sueños pasados, presentes y futuros? Nada se recreaba de mis experiencias pretéritas que me sirviera de consuelo para mí y mis conocidos, ningún recuerdo de vida que me diera paz, tranquilidad, y no ansiedad.

Por eso creo que no hay que ilusionarse con lo que pudiéramos encontrar después de la muerte, y, sobre todo, con una posible reencarnación como premio. Y menos cuando se nos decía que resucitaríamos con las mismas almas y cuerpos que tuvimos. ¿Cuál de ellos, diferentes todos a lo largo de la vida? ¿Y si yo tuviera un cuerpo maltrecho?

Solo recordé, a retazos, el sufrimiento padecido antes de que me lanzaran al pozo dándome por muerta, el golpear en las paredes durante la caída y la explosión del choque final en el fondo.

Ojalá hubiera renacido reviviendo todos mis recuerdos de vida, aquellos constructores, en su memoria, de mi identidad en continuidad temporal, y, al tiempo, aparecido aquel túnel luminoso que me sacara de allí, de aquel horror, de aquella sinrazón que no entendía.

¡Ojalá! Ojalá fuera verdad que, al morir, volvería a ver a mis padres, así mi muerte tendría al menos algún valor.

Visiones todas que, tal vez, tratan de paliar la ansiedad lógica que siempre se produce en el momento en que nos toca morir.

¿No será que tales sensaciones no aparecen cuando la muerte es violenta, y sobre todo cuando el cerebro está destruido?



Castillo de Burgos

Solo sabía que, sin ya dolor, la muerte, con su vacío, con su no retorno, me buscaba.

También dicen que hay que estar preparado para morir, que es la enfermedad definitiva; aquella que nada la cura, que solo tal vez la pospone.

Y que la religión ayuda, y lo respeto, aunque sin convicción, a comprender que la vida es invencible, perpetua, eterna, que continúa desde la terrenal, que se regenera después de la muerte.

Además, nunca comprenderé el motivo por el que la muerte nos roba, como si la vida no nos perteneciera y fuera solo suya, amén de la vitalidad de nuestro cuerpo, nuestro espíritu interior, nuestra alma.

La verdad es que nadie está preparado, que nadie quiere morir, que la muerte no engaña y que el cuerpo y su ego, poco o mucho, siempre se resisten.

¿Es, tal vez por eso, por lo que nadie quiere hablar de la muerte y menos si es de cómo va a ser la suya?